

Flaubert a la carta

VOCES / ENSAYO



Ayuntamiento de Málaga

Área de Cultura

La obra *Flaubert a la carta* fue galardonada con el xvi Premio Málaga de Ensayo, que fue concedido por unanimidad el 1 de diciembre de 2024 en Málaga. Formaron parte del jurado Javier Gomá, Estrella de Diego, Espido Freire, Alfredo Taján, Juan Casamayor (editor de Páginas de Espuma) y, como presidenta del jurado, Susana Martín Fernández (Directora del Área de Cultura del Ayuntamiento de Málaga).

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

Nuestro fondo editorial en www.paginasdeespuma.com

Antonio Álvarez de la Rosa, *Flaubert a la carta*

Primera edición: marzo de 2025

ISBN: 978-84-8393-364-0

Depósito legal: M-1148-2025

IBIC: DSK

© Antonio Álvarez de la Rosa, 2025

© De esta portada, maqueta y edición: Editorial Páginas de Espuma, S. L., 2025

Editorial Páginas de Espuma

Madera 3, 1.º izquierda

28004 Madrid

Teléfono: 91 522 72 51

Correo electrónico: info@paginasdeespuma.com

Impresión: Cofás

Impreso en España - Printed in Spain

Antonio Álvarez de la Rosa

Flaubert a la carta
(Una brújula en el laberinto)



ÍNDICE

El retrovisor de la memoria	13
Cita inverosímil con el maestro	29
Prolegómenos	37
Al pie de las estatuas	45
Flaubert juega con las palabras	53
Escuchar a don Quijote	59
La trinidad femenina	71
Hablar de amar	81
Prostitución idealizada	87
El verdadero viaje	101
Con las manos en la masa social	115
Retroevolución del progreso	143
No hay escritura sin lectura	159
La carcoma del pensamiento	177
 CRONOLOGÍA (1821-1880)	 189
CORRESPONSALES Y FECHAS DE LAS CARTAS	193
ÍNDICE ONOMÁSTICO	199
NOTA BIBLIOGRÁFICA	203

Para mi hermano, raíz de tantos frutos, siempre en la memoria

Para Paz, desde el amor que nos da vida

*Ninguna de sus opiniones contundentes
ha perdido actualidad, más bien lo contrario.*

Enrique VILA-MATAS, *Dietario voluble*

EL RETROVISOR DE LA MEMORIA

Llevaba años rumiando la idea de escribirme a la sombra de Flaubert. Al principio, me pareció una petulancia, una desmesura sobre todo, asociar mi autobiografía a tan gran novelista. ¿A cuenta de qué, me decía sin decirlo, vas a hermanar tu nombre con el suyo? Poco a poco, sin embargo, como en una especie de zapa intuitiva, iba vinculando mi retrato, la cara que se me ha ido quedando a lo largo de la excursión terrenal, con las ideas de Flaubert. No con todas, claro, pero sí con muchas. Empecé, entonces, a vislumbrar que estaba siendo poseído. No por el diablo, enfermedad leve que se cura con un buen tratamiento exorcista, sino por una de las grandes divinidades de la literatura, por un novelista que, tras publicar *Madame Bovary* –primero en la *Revista de París* (entre el 1 de octubre y el 15 de diciembre de 1856) y, más tarde, en dos volúmenes (abril de 1857)– sigue repiqueteando su gran dogma estético: *En su obra, el autor debe ser como Dios en el universo: presente por doquier, pero nunca visible*¹.

1. En la página 193 puede consultarse el listado de corresponsales y fechas de las cartas citadas.

Mientras daba vueltas a la idea de contemplarme en su espejo, me pareció inquietante y hasta ridículo que, casi en cada página que iba escribiendo, siguiera tronando la voz de Flaubert. Sin embargo, me empezó a parecer normal. Acababa de salir de una prolongada y estrecha convivencia imaginaria con él, con su vida y, sobre todo, con sus cartas —con las suyas y con las de sus correspondientes— y no era raro que aún estuviese a la sombra de su imponente figura, que no dejara, incluso, de escucharle embelesado durante sus sesiones de *gueuloir* («gritadero» llamaba el novelista al acto de leer, vociferando, casi siempre con nocturnidad, las frases contra las que había luchado, a pluma partida, durante todo el día). Lo tenía tan claro que en su prefacio a *Dernières chansons* (*Últimas canciones*), de Louis Bouilhet (1872), afirma: *Las frases mal escritas no resisten esta prueba: te oprimen el pecho, perturban los latidos del corazón.*

En uno de esos vaivenes indecisos, sentado en la mecedora de la duda mientras observaba mi vida por el retrovisor de la memoria, caí en la cuenta de que no es del todo casual el descubrimiento de un novelista en cuyas cartas entré fascinado y acoquinado —sin saber que allí me instalaría para siempre—, como cada vez que nos aventuramos a traspasar el umbral de una cueva. Supongo que encontré las suelas de sus zapatos, sobre las que camino desde hace medio siglo, en cuanto me convencí de que el entusiasmo, como el amor, se demuestra llevándolo dentro, porque es, sencillamente, la consecuencia de admirar y de identificarse. De ahí que, desde este frontispicio, juré por mi honor comprometerme a no escribir con las tripas de la emoción, postura que él detestaba por ser contraria a su forma de concebir la escritura. Así lo demuestran las cartas a la escritora Louise Colet durante los años de la gestación de *Madame Bovary* (1852-1857) que contienen no solo el libro de contabilidad diaria de las escasas alegrías y demasiados pesares que supone levantar ese entramado novelesco, sino que

son, además, la expresión de sus ideas sobre el arte, la ficción y la crítica literaria. En una de ellas, resume su desprecio por el lirismo hueco de algunos poetas románticos:

Son del mismo pelaje todos los que nos hablan de los amores idos, de la tumba de la madre, del padre, de sus benditos recuerdos, que besan los colgantes, lloran bajo la luna, deliran de ternura al ver a unos niños, desfallecen en el teatro, se quedan pensativos ante el Océano. ¡Farsantes! ¡Farsantes! ¡Fantoques multiplicados por tres! Dan un salto de trampolín sobre su propio corazón para alcanzar algo.

¿Por qué Flaubert y no otro escritor? Escritor francés, claro, porque a lo largo de mi vida he leído más, mucha más literatura francesa que española o de cualquier otro país. ¿Por qué no Balzac o Stendhal o Proust? ¿Por qué no haberme quedado atrapado en otras de las redes literarias que, en su momento, me sedujeron? Sin duda, interviene el azar, pero supongo que también la necesidad. En mi caso, creo que fue la lectura de la *Correspondencia* de Flaubert lo que hizo que se me fueran agrandando los ojos del deslumbramiento y de la afinidad. Sin dejar de ser críticamente consciente, el imán que no dejaba de atraerme hacia las cartas demostraba lo acertado de su reflexión sobre la razón por la que un libro te deja prendido-prendado entre sus páginas. En pleno proceso creador, cuando el, por aquel entonces, inédito Flaubert se ató al duro banco de *Madame Bovary* y comenzó a construir su edificio estético, las cartas a Louise Colet le sirven para ir desgranando su poética: *La bondad de un libro se puede juzgar por el vigor de los puñetazos que nos propicia y por la tardanza en recuperarnos.*

El anzuelo que me ha mantenido enganchado a Flaubert no fue, salvo que mi memoria sea más traidora de lo que creo, solo la admiración por sus novelas ni el alto voltaje reflexivo de sus cartas. Fue y sigue siendo descubrir, a través de su poética, que el fondo –la historia contada, los personajes protagonistas– y la forma –la manera de contar los hechos y los pensamientos– han

de ser las dos caras de una misma cosa. El incansable pulido de la lengua y de la sintaxis son los cimientos que han conseguido que su forma de vernos siga siendo actual. Por modernos que fueran entonces, Flaubert no se limitó a describir a los seres humanos de su época, sino a la sempiterna condición humana, la misma que la de, pongamos, los contemporáneos de Platón.

De ahí, quizá, su inquina contra los periódicos, o sea, *contra lo efímero, lo pasajero, lo que hoy es importante y no lo será mañana*. Es como si la obra de arte solo tuviera sentido en términos de eternidad o, en todo caso, de duración y perduración. Más o menos, un año después le escribe al historiador Hyppolyte Taine: *Hace tiempo, una frase suya me resultó chocante. Me decía que una obra solo tenía importancia como documento histórico (...). Una obra solo tiene importancia en virtud de su eternidad, es decir, que cuanto más represente a la humanidad de todos los tiempos, más bella será.*

Dedicó la vida a levantar la pirámide de su escritura y a demostrarnos que no hay más lengua que la que arde y puede servirnos, con paciencia y sabiduría, para acercarnos la realidad. Así se lo aclaró a George Sand en su diálogo epistolar: *Me he esforzado siempre en ir al alma de las cosas, detenerme en las mayores generalidades y evitar, ex profeso, lo Accidental y lo dramático. ¡Ni monstruos ni Héroes!* (Las mayúsculas son suyas). Veinte años antes, cuando empieza a redactar *Madame Bovary*, ya se lo había explicado a Louise Colet: *De ahí que no haya temas hermosos ni feos, y casi podríamos establecer como axioma, situándonos en el punto de vista del Arte puro, que no hay ninguno, porque el estilo por sí solo es una manera absoluta de ver las cosas.*

¿Los seres humanos somos algo sin la lengua que hablamos? ¿Tiene algo que ver la lengua con el hecho de que abandonáramos las cuevas, inventáramos la rueda o la azada e incluso el teléfono móvil? Si pensar sirve de algo, ¿puede existir y

desarrollarse el pensamiento sin conocer la lengua todo lo profundamente que se pueda? ¿No sería un disparate preguntarle a un arquitecto o a un ingeniero de Caminos, Canales y Puertos, o como se llame hoy esa titulación, para qué sirve estudiar el hormigón?

Los ciudadanos aún pueden hacer algo frente al uso perverso que los poderes –políticos o financieros– hacen del lenguaje. Y lo que podemos y debemos hacer, salvo que solo queramos vivir en, sobre o tras una pantalla, es llamar a las cosas por su nombre. Para poder intervenir en la política y en nuestra sociedad, lo primero que necesitamos es conocer la verdad y para ello es imprescindible conocer la lengua.

George Steiner, en un libro que resplandece de talento explicativo –al calor de su lectura sucede como cuando nos cobijamos en un poeta: uno te vuelve más inteligente de lo que eres y el otro te colma al nombrar lo que no supiste expresar–, en esa obra entre autobiográfica y ensayística, el pensador y profesor lo expresa de manera luminosa. Al hablar de *Madame Bovary* y en su comentario sobre lo que encontramos al escuchar o leer las palabras, sobre qué nos transmite el contexto de esta novela, de cualquiera de sus párrafos, dice: *El estado de la lengua francesa en el momento y en el lugar en que escribió Flaubert es la historia de la sociedad francesa, la ideología, la política, los giros coloquiales y el terreno de referencias explícitas e implícitas lo que pesa (...). El contexto, sin el cual no puede haber significado ni comprensión, es el mundo*².

Andando los años académicos, una de las señales de mi flaubertmanía me la proporcionaron los alumnos cuando me etiquetaron de «Marqués de la Bovary» y de «friki» de Flaubert,

2. George Steiner, *Errata. El examen de una vida*, Ediciones Siruela (2009).

no sé si por mi obsesiva afición a su obra o por ser yo un excéntrico y un extravagante. Lo cierto es que, desde entonces, no he dejado de recomendar la lectura de sus cartas a amigos, conocidos, alumnos y a todo aquel que se interesaba por el novelista. Eso sí, acto seguido, añadía también: «Hay que leerlas cuando esté uno emocionalmente equilibrado, cuando la vida te sonría o, al menos, no te abronque, porque Flaubert te mete en el fondo del barranco de la condición humana».

Igual que madura la fruta, poco a poco el sabor y el olor de un escritor clásico como Flaubert iban fortaleciendo la convicción de que los letraheridos también somos, en buena medida, lo que vamos creciendo a la sombra de su lectura, de sus novelas y, en este caso, de su correspondencia. Empecé a convencerme de que a Flaubert lo conocía más que a muchos de los amigos que me han acompañado en algunos tramos de la vida y con cuyo diálogo me fui enriqueciendo. Si a esto le sumo que me sorprendía hablando con el escritor normando sobre preocupaciones varias, que no había día en el que no me arrimara a su sombra, recordé lo que don Emilio Lledó –a sus alumnos, por más que él insistía, nos resulta difícil tutearle– nos dijo, hace una veintena de años. Con la suave rotundidad de su voz nos comentó, en medio de una cena, la maravilla encerrada en la burbuja mágica de los libros y de la lectura, «el privilegio de poder conversar con los clásicos y con los modernos, con Platón o con Camus en una especie de diálogo infinito».

Al leer a Cervantes, a Homero o a Shakespeare percibes que te cuentan lo que está ocurriendo ahora mismo. Cuando estalló la crisis financiera de 2008, le recomendé a un economista que leyera la novela de Balzac *La casa Nucingen*, la historia de un banquero de origen alemán en París, porque en ella vería que similar estafa piramidal se produjo ya en 1830. Es más, le añadí, cincuenta años después, Maupassant escribe un artículo en el periódico (*Le Gaulois* 14-II-1882), en el que, con humor e

ironía, cuenta lo mismo: *Apenas se oculta hoy el hecho de no ser un hombre honrado y existen tantas formas de aderezar la conciencia que ya no la reconocemos. Robar diez céntimos sigue siendo robar, pero hacer desaparecer cien millones no lo es. Suena tan actual...*³.

Gustave Flaubert es un provocador, en el buen sentido de la palabra. Se puede, faltaría más, estar de acuerdo o no con él, pero siempre nos obliga a pensar y repensar, nos induce a no dar las cosas por sentado. En tiempos de fundamentalismos, de fanatismos orientales y occidentales, en época de turbulencias varias y de engaños y trampantojos masivos, es muy saludable aferrarse a salvavidas insumergibles y refugiarse entre las páginas de los clásicos del pensamiento, es decir, de todos aquellos que, desde hace muchos siglos, nos vienen alumbrando sobre la condición humana, la misma que observaron ellos y seguimos pudiendo ver hoy, porque no podemos cambiarla, pero sí conocerla mejor. Al amor de esas lumbres, podemos calentar mejor la vida en comunidad y, por consiguiente, nuestra propia vida.

Quien haya leído a algunos escritores clásicos o intimado con uno de ellos, siente la necesidad permanente de entablar una conversación, de mirarse, casi a diario y sin pregonarlo, en el espejo de su sabiduría, porque entre otros tesoros que nos regalan está el de acompañarnos en la actualidad de nuestro día a día. En el fondo, nada de lo sucedido ayer ni de lo que ocurrirá hoy o mañana ha dejado de ser inventariado por la literatura o el pensamiento escrito. Si, además, fisiológicamente, nuestro cerebro sigue siendo el mismo de hace unos diez milenios —mucho cerebritito vocinglero cree que el suyo sí que está especialmente dotado—, parece saludable compensar nuestro actual exceso de

3. Guy de Maupassant, *Sobre el derecho del escritor a canibalizar la vida de los demás* (Prólogo y traducción de Antonio Álvarez de la Rosa), El olivo azul, Córdoba, 2010, p. 79.

información y de opinión con el contrapeso de las inteligencias de algunos de nuestros antepasados, convencidos de que somos porque fuimos, todo un legado que puede iluminarnos bastante más que miríadas de tuits vacíos de contenido.

Desde muy joven, Flaubert se declaró un incondicional de Voltaire (1694-1778) como puede rastrearse fácilmente a lo largo de toda su correspondencia. En el fondo, a lo que permaneció anclado fue a su condición de pensador, a su ética, inteligencia y rigor. Se adentraba en el *Diccionario filosófico* de Voltaire y se nutría de reflexiones en las que sostenía, por ejemplo, que lo único importante era la moral y que la religión solo había sido instituida para *mantener a los hombres en el orden* y se remansaba en uno de los artículos de ese *Diccionario*:

El fanatismo es a la superstición lo que la excitación a la fiebre, lo que la rabia a la cólera. El que tiene éxtasis, visiones, el que confunde sueños con realidades, imaginaciones con profecías, es un entusiasta; el que sostiene su locura mediante asesinatos es un fanático. Una vez que el fanatismo ha gangrenado un cerebro, la enfermedad es casi incurable (...). El único remedio contra esta enfermedad epidémica es el espíritu filosófico, el cual, difundido de prójimo en prójimo, acaba suavizando las costumbres de los hombres y previene los accesos al mal. En cuanto ese mal progresa, hay que huir y aguardar a que se purifique el aire.

O leer, sorbo a sorbo, dejando en el paladar de la memoria el retrogusto filosófico de los *Ensayos* de Montaigne, otro de los pozos inteligentes en el que, por cierto, se sacia Flaubert, seguramente porque sabe que *también* es un pensador de esta época. En esos *Ensayos* están contenidos casi todos los interrogantes que siguen acogotando la existencia de los seres humanos. Beber en ellos, como en cualquier fuente de la sabiduría, no empacha, porque los seres pensantes, cada vez que preguntamos, abrimos la ventana a otras inquietudes. Como cerezas en un cesto, en